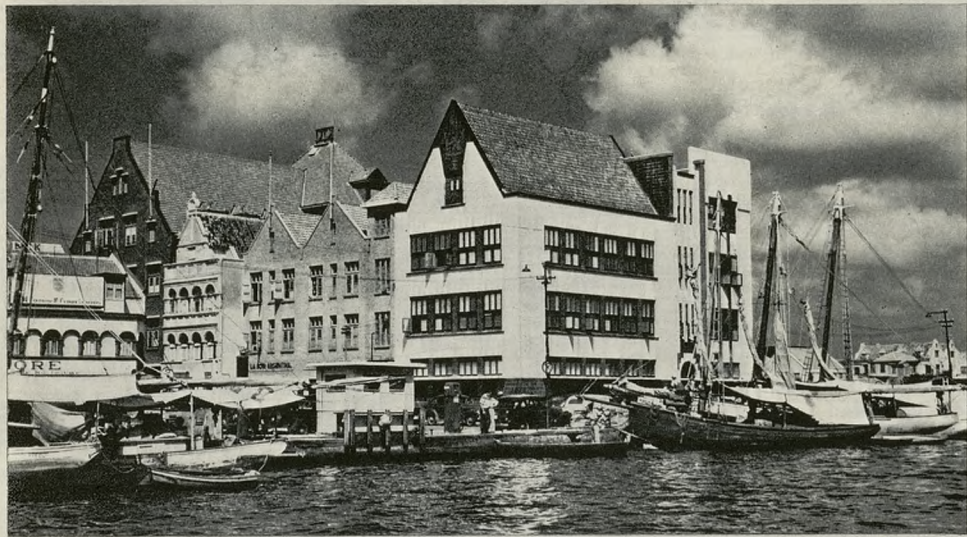


VOLANDO SOBRE EL CARIBE



Arriba: Vista aérea de Willemstad, capital de la isla de Curaçao.—Abajo: a la izquierda, un bello aspecto de la misma ciudad isleña, y, a la derecha, vista parcial de La Habana, con el Capitolio en primer término.

EL Mar Caribe, ese Mediterráneo caliente de Centroamérica, que acaricia su delgada, quebradiza, cintura geológica —su talle de avispa— y envuelve también en sus olas con espuma de coco blanco y ritmos de lánguida habanera y danzón sentimental, las dulces y bellas islas antillanas, es un mar de poéticas leyendas indígenas y reales y verdaderos peligros en su navegación.

Por el Caribe, que entonces no se llamaba así, entraron un día en América los colonizadores, entró la civilización —en eso también Mediterráneo— y desde allí, desde las Antillas, se inició el avance hacia las tierras firmes y vírgenes del Continente.

Pero desde siempre había sido el Caribe mar de peligros reales o imaginarios. Mar de tiburones siempre boquiabiertos y de tifones que tienen su guarida meteorológica en los senos del golfo de Méjico. Mar de belleza superficial y turbias fatalidades internas. Mar de luz única, de brisas puras, peinadas por las palmeras reales de grácil talle, que se asoman a sus orillas en las costas de Cuba, de Curaçao, de Puerto Príncipe, de Barran-

quilla, o de las más amplias tierras de la costa venezolana. Ahora pasó el peligro y queda la belleza.

Las rutas aéreas surcan en todas direcciones este hermoso y ya nada peligroso mar. Sobre sus aguas calientes y azules, con espuma de coco blanco, y sus orillas de suave arena, con esbeltas palmeras mulatas, que no dan paz a sus verdes y naturales abanicos de «pay-pay», pasan raudos los aviones que hacen cada día las rutas del Caribe. Que saltan de isla en isla y de las islas al Continente. Que saltan con gozo de «Camagüey a Santiago» y de La Habana a Curaçao, Caracas y Puerto Príncipe. Saltan sobre estas tierras feraces sobre blandos horizontes de cañas de azúcar, sobre estos nombres de ciudades que evocan blandas hamacas, cotorras parlanchinas, mulatas de buen ver y anchos sombreros de paja de Panamá.

Hoy los viajeros del Caribe ya no temen sus peligros y pueden disfrutar de todas sus bellezas incomparables desde las ventanillas del modernísimo «holandés» volante de la Real Compañía Holandesa de aviación.